

Nota crítica

El revisionismo revisado*

Romana Falcón

EXISTEN OBRAS QUE, por su madurez académica o por la innovación de sus argumentos, abren nuevas brechas y caminos. Es muy probable que el largamente esperado libro de Alan Knight, *The Mexican Revolution*, sea uno de los que marca senderos a los estudiosos de esta problemática y que incluso imponga un giro en la ya larga y compleja historiografía sobre la gran epopeya que iniciara Francisco Madero en 1910. Ello, tanto por el valor intrínseco del libro como, precisamente, por el momento en que éste aparece dentro de la trayectoria que ha tomado el estudio y la interpretación de la Revolución mexicana. Es, pues, fundamental explicar someramente cuál ha sido esta trayectoria y cómo se inscribe en ella la obra de este profesor inglés que actualmente reside en la Universidad de Texas en Austin.

De hecho, pocos episodios de nuestro pasado han sido estudiados con tanto detalle y se han analizado con tanta pasión como la Revolución de 1910. Desde que la lucha aún se libraba en el campo de batalla hasta nuestros días, no ha cesado la producción que en torno a ella se ha hecho: novelas, recuentos, folletos, explicaciones, manifiestos, libros, murales, obras teatrales y, en fin, todo tipo de manifestaciones artísticas e intelectuales.

Las obras propiamente académicas no tardaron en aparecer. Desde los años veinte y treinta vio la luz una vasta producción de historiadores y científicos sociales tanto mexicanos como extranjeros. En términos generales, los resultados fueron de magnífica calidad y gran valor interpretativo. En las páginas de Jesús Silva Herzog, de Franck Tannenbaum o de Eyler Simpson, por

* A propósito de Alan Knight, *The Mexican Revolution*, vol. I, *Porfirians, Liberals and Peasants*; vol. II, *Counterrevolution and Reconstruction*, Cambridge University Press, Latin American Studies núm. 54.

mencionar a los más connotados,¹ se plasmó una visión, que ahora podríamos llamar "clásica", sobre lo que fue el movimiento iniciado por Francisco Madero.

Estos primeros estudiosos hicieron hincapié en los aspectos más nobles de este gran movimiento social: su carácter esencialmente agrario y popular, sus rasgos nacionalistas y antimperialistas, sus notas democratizadoras, tanto en lo político como en lo social y, sobre todo, en lo que constituía la meta básica de la Revolución: derrumbar los privilegios y fueros que unos cuantos habían acaparado durante el viejo régimen, para construir una sociedad más justa e igualitaria.

El vigor y la longevidad que demostró tener esta imagen es impresionante. No fueron una, sino múltiples las fuentes que la nutrieron. Para empezar, estaba en consonancia con el grueso de la producción artística y académica en torno al movimiento de 1910. Tampoco entraba en conflicto con la interpretación que sobre ella dieron los vencedores y la izquierda, constructora importante de la imagen de legitimidad de toda revolución.

La legitimidad entera del sistema revolucionario radicaba en ser aceptado como el heredero de esta gran epopeya popular. Las energías que, desde 1913, han puesto nuestros gobernantes en reforzar esta legitimidad son abrumadoras.

Por último, Silva Herzog, Tannenbaum y su generación escribieron cuando todavía flotaba en el aire el olor a pólvora. Durante los años veinte y treinta México aún vivía convulsionado por este gran movimiento social. Sus repercusiones directas aún se sentían en todos los órdenes. Poderosas y aguerridas ligas campesinas demandaban el reparto de las tierras, los sindicatos obreros se formaban con una intensidad febril, al tiempo que organizaciones de izquierda, especialmente el Partido Comunista, pasaban a ocupar un puesto central en el escenario político. Un buen número de mexicanos, funcionarios, líderes y personas comunes y corrientes de todas las capas sociales creían que el país podía iniciar con relativa libertad la construcción de un futuro más justo y mejor.

¹ Son varias las obras de estos grandes clásicos de la Revolución. Entre las más notables puede mencionarse a Jesús Silva Herzog, *El agrarismo mexicano y la reforma agraria. Exposición y crítica*, México, FCE, 1959; Franck Tannenbaum, *The Mexican Agrarian Revolution*, Washington, The Brookings Institution, 1930; Eyler Simpson, *El ejido. Única salida para México*, México, Problemas Agrícolas e Industriales de México, IV: 4. 1952.

Durante la posrevolución, es decir, después de 1940, la estabilidad política y el crecimiento sostenido de la economía, el "milagro mexicano", contribuyeron poderosamente a mantener la buena imagen de la Revolución, ante propios y extraños. Pocos pusieron entonces en duda sus virtudes, por lo menos no en conjunto como hoy sucede con frecuencia.

Después del movimiento de 1968, que sacudiera las paredes del edificio estatal y las conciencias de los mexicanos, se iniciaron varias corrientes "revisionistas" que pusieron en tela de juicio las interpretaciones clásicas sobre lo que había sido la Revolución y sobre lo que entrañaban sus consecuencias.

Los cambios fueron de todos los órdenes. Para empezar, se intentó descubrir al México pequeño y olvidado. Con ello se trastocó el enfoque tradicional que insistía en dar prioridad a los líderes y a los acontecimientos que tenían importancia nacional, en menosprecio de los sucesos acaecidos en los diversos rincones del país y de trascendencia meramente local.

México se puso entonces bajo el microscopio y la microhistoria inició su revancha. Miles de páginas fueron escritas para plasmar la experiencia de los mexicanos comunes y corrientes: de quienes habían participado en las batallas, de los campesinos que habían pedido la tierra, de los trabajadores que se habían sindicalizado, de los huelguistas, de los burócratas que con su labor diaria habían ido dando forma al aparato de gobierno del nuevo Estado, a los líderes intermedios, las amas de casa, a todos aquellos que habían sufrido hambre, muertes cercanas y otros padecimientos provocados por la guerra civil.

No sólo se cambió el tema a estudiar. Mucho más dramático fue el vuelco habido en la interpretación. La generación que experimentó la profunda herida que 1968 abriera al sistema, intentó buscar en la Revolución los orígenes de la profunda desesperanza que la abatía. Así pues, el hecho de que la sociedad mexicana se enfrente desde 1968 hasta hoy a problemas de una magnitud enorme y que ponen en entredicho el futuro del sistema entero, ha contribuido poderosamente a mantener el mismo tono crítico y desesperanzado con que, desde los años setenta, se ve a la Revolución.

De esta manera, desde hace dos décadas, cientos de artículos, tesis y libros especializados han ofrecido nuevos hilos interpretativos que, en diferentes formas, revisan las ideas clásicas sobre el movimiento de 1910 y sus consecuencias. Surgieron varias

escuelas “revisionistas”, en ocasiones aliadas en sus argumentos, pero también frecuentemente en pugna.

En tela de juicio quedaron prácticamente todas las primeras nociones sobre el cataclismo que iniciara Madero. Se dudó lo mismo de su carácter democrático que del popular y esencialmente del agrario. Se cuestionó que sus beneficiarios, e incluso sus principales protagonistas, hayan provenido de los sectores desheredados del pueblo. El “revisionismo” ha cuestionado e incluso negado que el movimiento iniciado en 1910 fuese en realidad una revolución.²

A principios de esta década, urgía ya una síntesis, una nueva gran visión que pudiese dibujar un panorama nacional. Se trataba de una empresa semejante a la acometida por los grandes clásicos, pero ahora tomando en cuenta el cúmulo de precisiones y matices analíticos que la producción revisionista había sacado a la luz del día. Así como al fin de los años sesenta había sido un momento estéril para seguir elaborando grandes interpretaciones, ahora era preciso elaborar un nuevo mapa general.

Este vacío historiográfico había empezado a llenarse desde la década de los setenta, cuando El Colegio de México publicó una colección de libros sobre la Revolución y la posrevolución.³ Le siguió la madura obra de un apasionado por nuestro país, y por la Revolución, Friedrich Katz.⁴ En los años más recientes dos historiadores, Hans Werner Tobler y Francisco Xavier Guerra, también se han entregado a esta tarea. Guerra incluso ha tenido ya una polémica con Knight sobre el carácter de la Revolución.⁵ Y a ellos falta sumar visiones más ligeras de divulgación

² La producción “revisionista” ha sido muy extensa a partir de los años setenta. Sobresalen Ramón Eduardo Ruiz, *The Great Rebellion. Mexico 1905-1924*, Nueva York, Norton, 1980; Gilbert Joseph, *Revolution from Without. Yucatan, Mexico and the United States, 1880-1924*, Cambridge, Cambridge University Press, Cambridge Latin American Studies, 1982.

³ Obra colectiva en 23 tomos, *Historia de la Revolución Mexicana*, publicada por El Colegio de México en los años setenta.

⁴ El libro de Friedrich Katz *The Secret War in Mexico, Europe. The United States and the Mexican Revolution*, Chicago, Chicago University Press, 1981 no se propone hacer una historia de la Revolución. Sin embargo, dada la madurez y densidad de la obra, constituye uno de sus mejores recuentos. Además de que el profesor Katz está por publicar un trabajo extenso sobre Francisco Villa tiene varios artículos excelentes sobre la Revolución, como “Pancho Villa. Peasant Movements and Agrarian Reform in Mexico”, en David Brading (comp.). *Caudillo and Peasant in the Mexican Revolution*. Cambridge, Cambridge University Press. Cambridge Latin American Studies 38, 1980.

⁵ Hans Werner Tobler, *Die Mexikanische Revolution. Gesellschaftlicher Wan-*

como la de Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer.⁶ Así pues, Alan Knight no ha sido el único en aventurarse en esta empresa un tanto temeraria, pero sí en varios sentidos el más ambicioso.

La obra es extremadamente larga —más de 1 200 páginas— y extremadamente cara —120 000 pesos—, así como algo incómoda para el lector especializado, pues, siguiendo la norma de la excelente colección latinoamericana de la Cambridge University Press, incluye las notas después de los capítulos, lo que vuelve muy laborioso su manejo.

Es también, como señala el propio autor, una obra desusadamente ambiciosa: "En última instancia intenté escribir una historia de la Revolución durante su fase armada, que, aun cuando no puede llamarse definitiva (muy pocas, si es que alguna, puede así llamarse), fuese por lo menos comprehensiva, nacional, original y, probablemente, lo más cercano a una historia definitiva y unitaria (es decir, escrita por un solo autor) de las que tenemos" (prefacio, p. IX).

Las tesis que sustenta este largo y cuidadoso trabajo son sencillas y explícitas: se trata de un regreso apasionado a las ideas de los clásicos. Así, la de 1910 fue en verdad una revolución: "Creo que la Revolución fue un genuino movimiento popular y, por ello, un ejemplo de esos raros episodios en la historia cuando la masa de la gente ejerce una influencia profunda sobre los acontecimientos. En esos momentos la política nacional solamente se explica en términos de presiones locales y populares" (prefacio, p. X).

A ello hay que agregar un carácter innegablemente nacional: "cubrió desde Tijuana hasta Tapachula, desde el río Grande hasta el río Hondo, tocó la vida de todos los mexicanos. Por lo tanto, merece una historia nacional" (prefacio, p. XX).

Ésta es una obra de doble filo. Tanto o más importante que contar una historia sobre la Revolución, se trata de una verdadera cruzada en contra de las diversas corrientes revisionistas. Ubicada en su contexto historiográfico, es claro que esta obra

del und Politischer Umbruch, 1876-1940, Suhrkamp, Verlag, 1984; Francisco Xavier Guerra, *Le Mexique, de l'Ancien Régime à la Révolution*, Paris, L'Harmattan, 1987; del mismo autor, "La Révolution Mexicaine: d'abord une Révolution Minière?", en *Annales*, ESC, xxxvi, 1981; Alan Knight, "La Révolution Mexicaine: Révolution Minière ou Révolution Serrana?", en *Annales*, ESC, xxxviii, 2, 1983.

⁶ Héctor Aguilar y Lorenzo Meyer, *A la sombra de la Revolución Mexicana*, México, Editorial Océano, próxima aparición.

no sólo aspira a describir una de las grandes revoluciones sociales del siglo XX, sino a destruir los argumentos y la interpretación de todos aquellos que han pretendido mostrar que el movimiento iniciado en 1910 fue “menos una revolución autónoma, agraria y popular, que una serie de episodios caóticos, en donde las fuerzas populares fueron, cuando mucho, instrumentos de manipulación de caciques, de una burguesía naciente, o de líderes pequeñoburgueses. . . En todo esto —concede Alan Knight— soy un conservador no vergonzante, o un antirrevisionista” (prefacio, p. XI). Su monumental obra puede resumirse como un intento por mostrar la veracidad de esta idea.

El libro está escrito de manera muy tradicional y básicamente narrativa según las consabidas etapas de nuestra historia: el México de Porfirio Díaz, los diversos tipos de oposición anti-porfirista y la protesta popular contra Díaz; la revolución maderista, el régimen de Madero (sus aspectos revolucionarios y el experimento liberal); Huerta, su contrarrevolución y su caída; la Revolución en el poder; el gran cisma entre revolucionarios, para terminar con la etapa de la reconstrucción.

El trabajo es tanto de descripción como de análisis con sólidos argumentos intelectuales largamente madurados. No hay duda de que esta obra enciclopédica está inteligentemente elaborada. La lectura resulta agradable por su lenguaje fluido, salpicado con notas irónicas y de buen humor.

Knight muestra oficio como historiador, apoyando su obra en una extensa investigación de primera mano. No en vano este profesor de universidades inglesas, y ahora texanas, dedicó muchos años a su elaboración. De ahí que no sólo recoja el grueso de la última producción sobre el tema —básicamente las aportaciones “revisionistas”— sino que incorpora una vasta colección de fuentes originales. Se trata, por lo menos, de quince colecciones de archivo en México, cinco en Estados Unidos, otras tantas europeas, más once periódicos. Con estas armas Knight puede no sólo incorporar a los autores clásicos y recientes sobre el tema sino apoyar su narrativa en material que o no había sido utilizado, o sólo de manera muy somera.

Los aciertos son muchos. Concentremos la atención en uno de carácter teórico. Knight aboga por la necesidad que tienen los historiadores de guardar flexibilidad y hasta un cierto eclecticismo en su aparato teórico. Para él, la labor de un historiador no es la de proponer o probar grandes hipótesis generales, sino más

bien ideas de alcance medio.

Haciendo gala de esta flexibilidad, propone una de las aportaciones que, a mi juicio, muestran mayor originalidad y poder explicativo. Se trata de su decisión de no reducir el análisis únicamente, y ni siquiera de manera principal, a la concepción marxista de la lucha de clases. Propone en cambio complementarlo, y en ocasiones de plano sustituirlo, con categorías analíticas de inspiración weberiana: específicamente, la aplicación de los diferentes tipos de legitimidad y autoridad política propuestos por el gran sociólogo Max Weber.

Knight propone revisar los orígenes de la Revolución, su desenvolvimiento, así como la diferenciación entre los diversos bloques de revolucionarios a través de un eje analítico que haga hincapié en la cultura política. Surge aquí una dicotomía básica, dos estilos de autoridad y cultura política: "una que era urbana, respetable, educada, con una perspectiva nacional consciente de la idea del progreso, y entretejida con criterios e ideas surgidas de un tipo de autoridad política racional y legal basada en el libre sufragio; la otra, predominantemente rural, plebeya, iletrada, de una perspectiva parroquial, que mostraba (a pesar de todos sus programas radicales) una visión hacia el pasado, de notas nostálgicas, así como un compromiso con la autoridad política que era de corte local, personal, tradicional/carismática" (vol. I, p. 301).

Esta distinción le sirve espléndidamente como aparato conceptual en su análisis de los diversos tipos de movimientos revolucionarios; para caracterizar y comparar, por ejemplo, el maderismo ilustrado de las clases medias, con el maderismo plebeyo, como el de Orozco y Zapata; o bien, ya en la etapa de la lucha entre facciones, para distinguir y comprender a las amplias coaliciones que por un lado logró articular Venustiano Carranza, frente a la de corte más popular encabezada por Francisco Villa. A mi modo de ver, esta aplicación de la sociología weberiana constituye una de las herramientas más poderosas que esta obra aporta a los analistas no sólo de la Revolución mexicana, sino de muchos otros sucesos históricos.

Pasemos ahora a su posición de vanguardia dentro de la historiografía, es decir, al meollo de la obra. En términos generales, no hay duda de que ésta mueve a reflexionar sobre el menosprecio que en épocas recientes sufrió la primera gran visión de la Revolución mexicana. Frecuentemente, hace ver con otra óptica

temas ya trabajados y analizados. Todo ello impulsará a la historiografía hacia una interpretación más equilibrada de la gran epopeya social iniciada en 1910. Sin embargo, y a pesar de tantas virtudes, Knight no siempre convence.

Vayamos a la médula de su argumentación. ¿Cómo prueba el autor que la Revolución mexicana fue en realidad una revolución y básicamente popular y agraria? En primer lugar, desechando todas las definiciones de revolución que no le cuadran, al igual que todas las interpretaciones sobre el caso mexicano que son ajenas o contrarias a la suya.

Knight parte de elaborar su propia definición, ideada precisamente para probar que lo que sucedió en México fue en realidad uno de esos raros eventos en la historia mundial: una “gran revolución social”. La definición que el autor presenta es de carácter “descriptivo”. (Por cierto que, al igual que sucede con otros conceptos centrales de su obra, éstos no se encuentran tan explícitamente expuestos en este libro como en artículos anteriores.)

Para él, una revolución contiene necesariamente tres elementos clave que están interrelacionados y que sirven para distinguir una revolución —ya sea fracasada o exitosa— de una mera rebelión —una vez más, con o sin éxito—, y que preservan la especificidad de las “grandes revoluciones”. Estos elementos son: *a*) una participación genuina de las masas, es decir, que las clases populares tengan un grado significativo de movilización autónoma y voluntaria; *b*) la lucha entre visiones o ideologías rivales, mismas que pueden tener una connotación de clase pero que no necesariamente se guían por este criterio. Es precisamente de esta característica de la que se deriva que los movimientos revolucionarios no siempre se conforman mediante alianzas multi-clasistas como sucede en las movilizaciones de carácter nacionalista, o bien las religiosas, y *c*) que se libere una batalla a fondo por la autoridad política.⁷

Para sustentar su tesis central de que el movimiento que Madero iniciara en 1910 fue en realidad una revolución, comienza por desechar las posiciones diferentes y/o contrarias a la suya. Considera inadecuado, para el caso mexicano, aplicar la definición marxista de una revolución que implica una transformación en

⁷ Alan Knight, “The Mexican Revolution: Bourgeois? Nationalist? Or just a ‘Great Rebellion?’”, en *Bulletin of Latin American Research*, vol. 4, núm. 2, 1985, pp. 1-37.

la propiedad de los medios de producción y en la estructura básica de la sociedad. De cumplirse tales requisitos, una revolución necesariamente llevaría a esperar la modificación radical de la estructura de clases, al igual que los patrones de distribución de la riqueza y el ingreso.

Usando precisamente este parámetro marxista, Ramón Eduardo Ruiz ha llegado a conclusiones diametralmente opuestas a las de Knight. Su obra, *The Great Rebellion. Mexico 1905-1924*, es precisamente una de las culminaciones a las que llegaron las corrientes revisionistas. Aun cuando Knight le concede a los autores marxistas la gran virtud de considerar a la Revolución mexicana un movimiento de masas, critica a fondo la interpretación de Ruiz y de los no pocos estudiosos que opinan como él.

Justamente porque también usan un parámetro de inspiración marxista sobre lo que debe ser considerado como una revolución, las visiones de Adolfo Gilly y de James Cockroft son desechadas por Knight.⁸ Tampoco está de acuerdo con la posición ahora tan en boga de Theda Skocpol, quien ve a las revoluciones sociales como transformaciones básicas y sustantivas de la estructura de clases, transformaciones que, además, deben estar acompañadas y en parte ser impulsadas por revueltas de clase que surjan desde el fondo de la sociedad. Otra previsión importante en la visión de Skocpol es que, a fin de que una revolución pueda calificarse como tal debe, además, obtener un cierto éxito en la realidad.⁹

Obviamente, si como hacen los autores mencionados partimos de una definición de revolución que pida demasiadas transformaciones radicales en el *statuo quo*, la mexicana entra en graves dificultades para calificar como tal.

La solución a tal aprieto no es demasiado complicada. Para usar su propia metáfora, Knight se limita a bajar de manera dramática la altura de las trancas, de manera tal que la Revolución mexicana no tenga problemas en brincarlas. En efecto, a fin de suavizar los requisitos, Knight simplemente considera que no hay por qué ceñir la definición de revolución a la condición de éxito. Puede haber revoluciones sin suerte.

⁸ Adolfo Gilly, *La Revolución interrumpida. México 1910-1920. Una guerra campesina por la tierra y el poder*, México, El Caballito, 1971; James Cockroft, *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1976.

⁹ Theda Skocpol, *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia and China*, Cambridge, Harvard University Press, 1980.

En mi opinión, pueden argumentarse las bondades y los defectos de los diversos conceptos sobre lo que es, y sobre lo que no es una revolución. Desde los orígenes de la teoría política ha habido agrias disputas en torno a ello. Decenas de obras se han escrito sobre este tema, tanto en el plano teórico, como en torno a sus principales ejemplos en la historia universal. Las revoluciones siguen constituyendo uno de los temas apasionantes del debate contemporáneo. Pero a fin de cuentas —e incluso siguiendo las propuestas de Knight sobre la necesidad que tienen los historiadores de flexibilizar su marco conceptual— no hay ningún argumento teórico definitivo que invalide una u otra elección. Si lo hubiera, hace mucho que el silencio hubiera acabado con el debate.

Si, como en el caso de Ruiz o en el de Knight, al tomar partido por una de las definiciones posibles de revolución se es congruente en su aplicación, y se le defiende con un trabajo académico sólido, la excelencia de la investigación no dependerá de la elección teórica inicial. El hecho de que se llegue a conclusiones antagónicas se debe a que se ha partido de visiones antagónicas que son las que ordenan y juzgan la información. Tomar uno u otro punto de partida envuelve básicamente consideraciones de carácter personal, de formación académica, ideológica y política, pero ello no invalida teóricamente a sus contrarios.

En principio es enteramente válido que cada autor defienda apasionadamente su elección teórica. Lo que no se puede es pretender la derrota contundente de quien no eligió como uno. Y esto es justamente lo que Knight intenta justificar cuando argumenta que “todas estas definiciones [es decir, todas las que incluyen elementos diferentes a los propuestos por él (R.F.)] tienen una calidad arbitraria intrínseca, y presentan problemas particulares” (vol. I, p. 313).

No veo por qué Alan Knight parte de la ambiciosa idea de que su definición va a escapar a esta “arbitrariedad”, intrínseca a todas las categorías usadas en la teoría social. Obviamente su concepción de lo que debe considerarse como una revolución comparte con las alternativas las mismas debilidades y “arbitrariedades”, así como “problemas específicos”, en especial —en su caso— en lo relacionado a cómo aplica este concepto. Éste es un problema que está presente a lo largo de todo su libro, pues es la base para juzgar su propia obra y el resto de lo escrito sobre la Revolución mexicana.

En una situación análoga cae el autor al calificar a la Revolución mexicana como un movimiento fundamentalmente agrario. Una vez más, el así calificarlo depende de la definición que se elija y, como en este caso señala él mismo, es muy difícil —y yo agregaría arbitrario— ponerse de acuerdo en su contenido; y más aún en cómo probarlo. Dicha comprobación, citando al propio Knight, está sujeta a “cuestiones de grado, que no son susceptibles de medirse de manera precisa, con un criterio positivista. No es posible que contemos a cada uno de los rebeldes ‘agraristas’, ni tampoco es claro cuántos rebeldes ‘agraristas’ debemos contar para que la revolución cuente como agraria” (vol. I, Prefacio, p. XI).

De cualquier manera, el tiempo corroborará que *The Mexican Revolution* de Alan Knight constituye una de las grandes obras en torno a este movimiento. Seguramente dejará una profunda huella en su estudio e interpretaciones futuras, orientándolos a una posición más equilibrada, a una visión más justa de sus orígenes y de lo que significa hoy en día.